Una súplica para lamentar



El 24 de septiembre de 2025, el presidente de Finlandia, Alexander Stubb, se dirigió a la Asamblea General de las Naciones Unidas para hablar sobre el «nuevo orden mundial». Su presentación se titulaba: «Los fundamentos de la política exterior: Valores, intereses y poder».[1] Aunque mesurado en muchos aspectos, fue un lamento para el mundo.

En las Escrituras hebreas solemos leer cómo los profetas se lamentaban ante su Señor cuando se encontraban en situaciones graves, normalmente porque sus líderes, o el pueblo, o todos los implicados no alineaban sus valores, intereses y poder en una dirección ortodoxa y religiosamente óptima. Tanto entonces como ahora, cuando se nos desequilibran las cosas básicas, lo pasamos mal, y algunos siempre lo pasan peor que otros.

Sin embargo, a lo largo de los últimos siglos, e incluso de las últimas décadas, vemos lo que los filósofos y teólogos denominan un «giro hacia el sujeto», una mayor atención a los valores, los intereses y el poder humanos, lo que supone, en cierta medida, menospreciar lo que las tradiciones abrahámicas describen como lo Trascendente. Las razones de este cambio siguen siendo objeto de debate, pero entre

ellas se encuentran el poder y el alcance de la ciencia y la tecnología, así como la demanda de la gente de mayor autonomía, libertad y derechos humanos. Además, aunque el tema de «Dios» está más vivo que nunca, no hay una sola voz que hable en nombre de todos. El espectro es amplio: hay creyentes, distintos tipos de creyentes, no creyentes, no creyentes que aun así aprecian lo que ofrecen las religiones, y quienes simplemente no están interesados, todos codeándose en persona y en línea, a veces con respeto y a veces con violencia.

Aunque las tensiones persisten, hay un reconocimiento general en que existen diversos puntos de vista y matices sobre lo que la gente quiere decir cuando habla de «Dios», así como sobre los valores, los intereses y el poder de Dios. Sin duda, siguen existiendo dudas sobre si Dios o los dioses existen o no, o si existe una conciencia universal dotada de fortaleza moral y relacional. Sin embargo, justo ahí, en la encrucijada entre esa mirada vertical y esa horizontal, nos debatimos entre qué valorar, qué intereses compartimos y cómo conseguir poder, usarlo, compartirlo e incluso renunciar a él.

Aunque los valores, los intereses y el poder influyen y dan forma a nuestras alegrías y sufrimientos de mil maneras diferentes, todos los corazones humanos coinciden en experimentar cierto grado de sufrimiento y dolor, y a veces algunos sienten que no hay nada que hacer más que dejarse llevar por la tristeza y el llanto. Nos lamentamos, pero ¿ante quién?



Foto de MP Cancienne

Lamentarse es estar triste. Es un tipo de dolor tan intenso que nos empapa hasta que se nos secan las lágrimas. Habla de un dolor y un desarraigo incomprensibles. El lamento en sí mismo no alivia la desesperación del alma ni nos ayuda a superar nuestra pérdida, pero no podemos hacer otra cosa que esto que llamamos «lamento».

Desde el estrado de la Asamblea General de la ONU, el presidente Stubb *se lamentó* ante los líderes mundiales y sus colegas, tal y como muchos han hecho antes que él. Insistió, incluso con ese tono mesurado que le caracteriza, en que los líderes mundiales deben esforzarse más por mantener y apoyar los foros internacionales de diálogo y negociación en aras de la cordura y la vida en la Tierra. Hizo lo que muchos profetas de distintas tradiciones religiosas y políticas han hecho durante siglos.

Habló desde la introspección, desde un dolor y una preocupación bien fundados, desde la compasión por quienes sufren hoy y mañana, y desde un lugar en el que jóvenes y mayores se enfrentan con franqueza a lo que está bien y lo que está mal, aunque rara vez sea tan sencillo. Profetas que hablan con integridad y humildad, como Martin Luther King, Gandhi, Wangari Maathai, Jane Goodall o Catalina McAuley, que nos invitan a expresar lo más fielmente posible lo que es verdadero y bueno, sabiendo que nos quedaremos cortos y que tendremos que decidir juntos qué hacer cuando algunos se salgan del camino.

Frustrado, pero con dignidad, hizo un llamamiento a las naciones para que compartieran una visión y un compromiso comunes, basados en valores en los que la mayoría pueda estar de acuerdo o, al menos, reconocer, y añadió que, aunque las personas y las naciones de todo el planeta tengan intereses diferentes, debemos ir más allá de centrarnos únicamente en las victorias transaccionales de nuestro equipo. Su discurso terminó hablando del poder. Aquí afirmó que el poder es algo más que la fuerza bruta que se aferra sin piedad al primer puesto, o una potencia que enfrenta desafíos al poderoso. En cambio, Stubb afirmó que el verdadero poder se basa en la legitimidad, la integridad y la cooperación internacional, todo ello recogido en normas jurídicas que promueven la paz, el desarrollo sostenible y la dignidad humana. Estaba lamentando, a su modo y en cierto ámbito, la grave condición de nuestro tiempo. Le rogó a la humanidad que sintiera el peso del sufrimiento, que viera la crisis y que se dejara llevar hasta ese lugar en el que tenemos que afrontar la realidad.

En esta época de cambios rápidos y trascendentales, la realidad es que algunos valores fundamentales están en peligro. Por ejemplo, en Estados Unidos se están

dejando de lado incluso las «reglas de la guerra» más aceptadas y perfeccionadas.[2] Sentimos angustia y miedo ante lo que se está desmantelando: los principios y normas básicos relacionados con la guerra. En una época en la que las armas y los medios letales están por todas partes, habría que replantearse las preguntas fundamentales sobre el propósito, el uso y las normas de la «guerra». Sin embargo, los principios básicos de la decencia se están descartando por considerarse un obstáculo para alcanzar la victoria. Esto no tiene palabras, es *lamentable*.

En tiempos difíciles, los profetas se alzaban y animaban a la gente a abrir los ojos, a ver lo que estaba pasando, a identificar los valores necesarios para sobrevivir, y a hacerlo en diálogo con una preocupación más amplia por el bien común, a recordar al prójimo, al forastero, al extranjero, incluso a los enemigos, y a tomar la iniciativa y la responsabilidad, usando el poder de cada uno para hacer que las cosas vayan hacia el bien, sabiendo que habrá un precio que pagar. Hoy en día, no solo nos fijamos en las personas con dotes de liderazgo, sino también en los grupos y organizaciones que nos ayudan a poner en marcha, de forma colaborativa, visiones proféticas. Juntos preguntamos: ¿Cómo podemos vivir, trabajar y prosperar de forma justa, creativa y sostenible, y evitar caer en la violencia y la anarquía, que deja en manos de los más poderosos o de los más astutos —ese «poder oculto»— la posibilidad de tomar lo que quieran, dejando a los demás lo que puedan recoger de los campos segados?

Estos tiempos dan miedo si pensamos en la cantidad de problemas graves que tenemos delante, aunque no nos apetezca enfrentarnos a ellos; muchos de ellos son fruto de la codicia humana y del deseo de satisfacción a corto plazo. Pero muchos de nuestros problemas surgen de la simple inocencia, la ignorancia o el engaño, y tienen raíces que se remontan a siglos atrás y que tienen que ver con cómo entendíamos el mundo y nuestro lugar en él. En parte porque nos aferrábamos a ideas que ya no funcionaban, pero no podíamos dejarlas ir. Algunos problemas solo se volvieron problemáticos y críticos al ampliar su escala para satisfacer las necesidades de una población humana en crecimiento.

Sin embargo, independientemente de cómo hayamos llegado a este momento de la historia, aunque resulte desconcertante y preocupante, estos tiempos también están llenos de posibilidades. Recuerda que los ojos de los jóvenes aún pueden ver lejos, incluso cuando a algunos de nosotros nos cuesta ver bien.

Kathleen O’Connor escribe que el Libro de las Lamentaciones, «a pesar de toda su

crudeza», es una «invitación a la vida». En su «defensa sin complejos de Lamentaciones», O'Connor «elogia su capacidad para superar la negación, tanto personal como política, para conducir hacia la sanación y la compasión, y para liberar las energías de la vida en pro de la justicia y la alabanza». Es la poesía la que «refleja la realidad».[3]

Si nos fijamos en la realidad actual, ella ve en Estados Unidos las penurias de la vida, pero, más allá de eso, hay una desesperación y una violencia que hieren nuestra propia humanidad. Aquí escribe: «Por nuestro bien y por el bien del mundo que intentamos gobernar con tanta insensibilidad, estas cosas merecen que las lamentemos».[4]

Hablar de lamento nos lleva a un terreno en el que las lágrimas ya no parecen servir de nada ni alivian nuestro dolor. Paradójicamente, el lamento surge de un lugar lleno de vacío o marcado por la destrucción de aquello que consideramos valioso, como nuestros valores, intereses y poder. Quien se queja suele estar muy decidido a que le hagan caso y a hablar con el responsable, exigiéndole una respuesta. (No se puede olvidar a Job).

Al fin y al cabo, ¿qué más hay que perder? Cuando llegamos, ya sea por nuestra cuenta o en grupo, a ese páramo de desolación, no sabemos —y quizá ni siquiera nos importe— si conseguiremos salir de allí, así que ¿para qué ser educados? Para algunos, todavía hay un rayo de esperanza, y para otros, no. ¿Quién responderá? ¿Alguien está escuchando? ¿Existe un Dios compasivo?

La gente lamenta de diferentes maneras. Algunos son más exuberantes y dramáticos, mientras que otros son más reservados. Suplicamos, gemimos, lloramos, rezamos, nos lamentamos, nos afligimos y nos desesperamos a través de la canción, la danza, el arte y la poesía, utilizando diversos estilos, idiomas, formatos y plataformas.

La música puede ayudar, a veces. Puede ser una vibración consoladora y rejuvenecedora que calma nuestra alma. Otra forma de reflejo de la realidad. Pero a veces la música no ayuda o incluso desaparece. En el Salmo 137, el salmista describe a los israelitas exiliados en Babilonia negándose a cantar sus cantos sagrados, tal y como les exigían sus captores; en cambio, colgaban sus arpas en los sauces, sumidos en una profunda tristeza, y luego deseaban el mal a sus verdugos.

Junto a los ríos de Babilonia, nos sentábamos a llorar, acordándonos de Sión,
En los sauces de las orillas teníamos colgadas nuestras cítaras.
Allí nuestros carceleros nos pedían cantos, y nuestros opresores, alegría:
«¡Canten para nosotros un canto de Sión!».
¿Cómo podíamos cantar un canto del Señor en tierra extranjera?
Si me olvidara de ti, Jerusalén, que se paralice mi mano derecha;
que la lengua se me pegue al paladar si no me acordara de ti, si no pusiera a Jerusalén por encima de todas mis alegrías.
Recuerda, Señor, contra los edomitas, el día de Jerusalén, cuando ellos decían: «¡Arrásenla! ¡Arrasen hasta sus cimientos!».
¡Ciudad de Babilonia, la devastadora, feliz el que te devuelva el mal que nos hiciste!
¡Feliz el que tome a tus hijos y los estrelle contra las rocas!

(El libro del Pueblo de Dios, Salmo 137)

Nueva Orleans practica lo que se conoce como la «Second Line», un ritual en el que una música grave y solemne da inicio al cortejo fúnebre mientras se lleva el ataúd desde la iglesia hasta el cementerio. El dolor encarnado arrastra lentamente por la calle tu corazón doliente, demasiado pesado. Luego, en algún momento, se pasa a otro ritmo. Gradualmente, paso a paso, hay un giro hacia la celebración de la vida de quien murió. Hay asombro incluso en lo más hondo del dolor. La comunidad, en conjunto, lleva dentro de sí el vaivén del dolor y el gozo.[5]

Me preocupa si, colectivamente, estamos dispuestas a lamentar, ya sea como pequeños grupos, comunidades más amplias o incluso como una sociedad global colaborativa. Recuerda cómo nos reunimos en todo el mundo en el cambio de milenio.

Los valores se cuestionan, los intereses cambian y el poder se reorganiza. No todo es desgracia, pero no deberíamos negar las dificultades y el dolor. Tampoco deberíamos equiparar el lamento a una superioridad moral. Los ladrones tienen sus reglas, y los asesinos sufren y lloran.

En cambio, haz un balance: ¿Cómo estamos valorando las maravillas de la vida, enfocando nuestro interés y usando el poder? Lo que me preocupa es que, si no somos capaces de adentrarnos en ese lugar desolado, lleno de profunda confusión y dolor, así como de silencio y desolación, entonces no podremos llenar nuestros días de una

nueva perspectiva, vigor y asombro ante lo que la vida podría ser. Si no llegamos a sentir ese dolor en lo más profundo de nuestro ser, ¿tendremos ese vacío en el alma que solo entonces nos libera para volvernos e incluir en nuestra mirada algo más que a nosotros mismos? — Hoy, escuchemos el llanto que nos rodea, que hay dentro de nosotros y más allá de nosotros, y dejémonos llevar, cada vez más abajo, hacia la oración del lamento.

Notas:

1. Alexander Stubbs, "«El presidente de Finlandia pronuncia el discurso más inspirador y contundente hasta la fecha ante la ONU sobre el orden mundial multipolar | AC1G» (Nueva York: 24 de septiembre de 2026), https://youtu.be/ECaqX1hCQ6g?si=oZbqQPv4xOcu-roz.
2. Greg Jaffe, «Cómo Hegseth llegó a considerar que ver un propósito moral en la guerra era una debilidad» *New York Times* (12 de marzo de 2026), https://www.nytimes.com/2026/03/12/us/politics/hegseth-iran-war.html?smid=nytcore-ios-share.
3. Kathleen H. O'Connor. *Lamentations and the Tears of the of the World [Lamentaciones y las lágrimas del mundo].* (Nueva York: Orbis Books, 2002), 4.
4. O'Connor, *Lamentaciones* ,5.
5. «*You better second line!* Funeral de jazz en Nueva Orleans para Juanita Brooks» 20 Octubre 2009, YouTube, 7 min., 38 sec.,https://youtu.be/EG6KH905cGU.

imagen: «Puesta de sol sobre el agua», por Ed Gregory.